

y desapareció repentinamente, para ayudar sin duda á vestir á su señora.

Marcela cogió el libro: tenía por título *Amores y Adulterios*. Púsose encarnada y echó una ojeada al reloj: ¡eran ya las tres de la tarde, y la dueña de la casa se levantaba entonces!

Indudablemente se había equivocado: no estaba en casa de Lucila. Quiso marcharse, pero en esto se levantó de nuevo el portier y apareció una mujer.

### XIII

Era Lucila de Saire una morena de una belleza de tal manera original, que Carlos Durán no pudo resistir al deseo de hacer su retrato, uno de los mejores cuadros de ese joven maestro, célebre, á pesar de su juventud, entre los más notables.

El fondo del cuadro, de un azul oscuro, hacía resaltar el pálido semblante de Lucila. La expresión de sus grandes ojos negros, sonadores y medio cerrados, como si la luz les fatigase, ha sido admirablemente tomada por

el artista; la nariz movable, viviente, con sus ventanas palpitantes, estaba bien dibujada, por más que el pintor la había mejorado bastante; hubiera ganado sin embargo mucho si se le pareciese más, es decir, si fuese más pronunciada. En cuanto á su boca, de labios rojos, carnosos y discretamente sensuales, Carlos la había reproducido del natural, y el éxito que obtuvo da la razón al pintor: las escasísimas mujeres á quienes él consiente en retratar, le piden una boca semejante á la de la señora de Saire, pero él es demasiado concienzudo para acceder á sus deseos.

A fin de reunirse lo más pronto posible con su amiga, Lucila se había apresurado á levantar, recogidos sobre su cabeza, sus abundantes cabellos negros y echarse un peinador de crespón de la China, de color de rosa, lujoso, *des-habillé*, que hacía resaltar maravillosamente la flexibilidad del talle, el desarrollo de sus caderas y la amplitud de su pecho. Pero los cabellos habían sido recogidos con demasiada precipitación, empezaban á sublevarse contra las largas horquillas que los retenían, y muchos mechones rebeldes, esparcidos sobre el peinador, dibujaban en él grandes sombras. Al mismo tiempo los broches de plata que tenían sujeto el peinador al talle, se habían

desabrochado sin prevenir á Lucila de su traición, y dejaron al descubierto las enaguas de batista blanca, pegada á las caderas y su camisa guarnecida de encajes, bastante transparentes para dejar que se descubriese el tono rosado de sus carnes.

Después de un movimiento de duda muy natural, puesto que las dos amigas no se habían visto desde el convento, Lucila conoció á Marcela, se echó en sus brazos, y llevándola hacia la *chaise-longue*, donde las dos se sentaron, empezó diciendo:

—¡Por fin te dignas visitarme! La esposa del elevado personaje señor de Baud consiente al fin ver á la mujer del insignificante señor de Saire.

—¡Qué! supones tú...—dijo Marcela, defendiéndose de aquella acusación.

—No lo supongo, lo compruebo; tú estás en París desde hace mucho tiempo y no has dado señal ninguna de vida á la que esperaba verte al día siguiente de tu llegada.

—¡Ah, si tú supieses!—dijo Marcela.

—¿Qué hay?

—¡Si conocieses mi vida!

—¡Qué dices! ¡Acaso eres desgraciada! ¿No contestas? ¿Luego es cierto? Y vienes á mí el día que sufres. Corres á refugiarte en tu ami-

ga, en tu hermana... Te acuerdas de eso, ¿no es verdad? En el convento me dabas el nombre de hermana... Has hecho divinamente. Esa es la verdadera amistad, ó no existe. Se tiene el derecho, no de olvidar á los amigos, sí el de no hacer caso de ellos en la felicidad; pero cuando se sufre se debe acudir á ellos. Eso has hecho tú, y yo te lo agradezco muchísimo.

No había la menor ironía en aquellas palabras: Lucila expresaba fielmente su pensamiento. Su sonrisa, su mirada, la dulzura de su voz afirmaban sus protestas y no permitían dudar de su franqueza.

Ésta se detuvo y miró á Marcela.

—¡Cuánto has cambiado!—la dijo:—¡cómo te has desarrollado, qué guapa estás! En el Sagrado Corazón prometías ya mucho; pero has ido aún más allá de tus promesas. Quisiera, sin embargo, que estuvieses más gruesa; á los hombres les gustan así las mujeres, tienen el mismo gusto que los musulmanes. Mi marido dice que hay tres sexos: el hombre, la mujer, y la mujer delgada. Tú no formas parte por ahora del tercer sexo; pero tiendes á pertenecer á él... ¡Y aquel color tan sonrosado que antes tenías! ¿Has vivido tantos años junto al mar para perderle? Estás más pálida que yo, y yo soy morena y tengo el derecho de no te-

ner colores, y no podrías resistir la vida que llevo: siempre de diversión, siempre en París... Y no me quejo, porque es muy buena... ¿Y tú? ¿Dónde está aquel brillo de tus ojos que antes tenías?... Pero dime, ¿qué te pasa?

—Estoy enferma—dijo Marcela.

—¡Enferma! Y yo que hablaba sin parar. No siempre estoy de tan buen humor, no lo creas. Paso noches enteras en esta *chaise longue* sin despegar los labios; cualquiera creería que estoy durmiendo. Mi marido, sentado frente a mí, fuma y me mira en silencio. Es su manía; es un verdadero musulmán, ya te lo he dicho. ¿Y qué tienes? ¿cuál es tu enfermedad? ¿qué te aqueja? ¿De qué padeces?

—De todas partes; de la cabeza y del corazón: estoy aburrida.

—Y te has dicho para tus adentros: Lucila me distraerá. ¡Qué amable eres! ¡déjame que te abrace, querida mía, por haber tenido esa buena ideal

Y atrayéndola hacia sí, la besó ruidosamente en las mejillas, y la dijo:

—¿Tu marido no es bastante para distraerte? No es muy viejo el señor de Baud; he adquirido informes acerca de él... Yo deseaba, en cuanto llegases a París, ir á verte; pero Jorge no me ha dejado. Y sábelo, por si lo

ignorabas... Tú te acordarás que antes no me gustaba ese nombre; ahora le adoro.

—¡Eres feliz!—dijo Marcela.

—¡Inmensamente dichosa, ya lo sabrás! Jorge, decía, no me ha dejado que te hiciese yo la primer visita, y no es muy rigorista en ese punto; pero tu esposo, legitimista acérrimo y diputado por las Costas del Norte, no le gustaba mucho. «El marido de tu amiga, me decía, no tiene gusto alguno en visitar la casa de un bolsista... «Porque somos bolsistas, querida Marcela; antes teníamos la octava parte de los derechos que cobraba un agente de cambio; ahora ya percibimos la cuarta parte: hemos ascendido. ¡Ah! si el mío hubiese sido diputado como el tuyo, ó ministro, ó soberano de algún pequeño Estado, hubiésemos ido á buscárté. De modo que, ya lo comprendes, nuestra inferioridad era lo que nos mantenía quietos en nuestro sitio... ó más bien... pero no... ni tú lo comprendes ni yo tampoco; son los hombres los que entienden esas cosas; los maridos son los que saben lo que es la dignidad. Y á propósito de maridos, ¿dónde está el tuyo?

—Se quedó en casa; tose mucho.

—Mañana no toserá ya. ¿Se le podrá ver?

—¡Cá! Mañana tendrá dolores reumáticos.

—¡Ah! me dejas asustada—exclamó Lucila.—Te has desposado con un... ser embalsamado. Perdóname la expresión, pero no he encontrado otra más á mano. Te han sacrificado, lo veo bien claro. Cometan crímenes espantosos en la vieja Bretaña. El día en que vi una carta tuya, fechada en el castillo de Couëdic, me dije: «¡Pobre chica; su tío la va á enterrar en vida!» Y no me he engañado; ya te ha comido los colores... Pero pronto te los devolveremos. Jorge y yo te vamos á curar ese atroz *spleen* que padeces, que es el mal más grave que sufres. ¡Ah, has llegado á tiempo! Irás con nosotros á todas las diversiones. Es decir, ¿te dejará tu marido?

—Obedeciendo á órdenes de los médicos, me ha dado libertad absoluta.

—¡Qué hombre más amable! ¿Y vamos á tener á la mujer sin el marido? ¡Es divino! Jorge va á quedarse asombrado. El señor de Baud no puede hacer migas con él; es demasiado serio. Y no creas por eso que mi Jorge es muy ligero; se hace gran caso de él en la Bolsa. Tiene la confianza de su agente y de todos los clientes suyos, y es muy apreciado y muy querido de todos. Pero le gusta la alegría, y como estando cerca de mí la encuentra, corre aquí, en cuanto termina su tarea,

con toda la fuerza de su... corazón. Le vas á ver dentro de poco, y después comeremos los tres. ¡Oh! y no te niegues; yo soy tu médico y lo mando. Tú has venido á mí para que te sujete á un tratamiento, y desde hoy mismo empieza ya.

Tan hermosa habladora dejó por fin hueco para que Marcela pudiese decir algunas palabras, y ya más gozosa, más animada, por decirlo así, deseosa sobre todo de ponerse de acuerdo con su amiga y no entristecer su alegre sonrisa, habló sencillamente y con gran discreción. Después de haber dado detalles sobre el modo de haberse hecho su matrimonio, su triste llegada á París y la monotonía de su vida, refirió con gracia lo apurada que se vió cuando el señor de Baud la dijo: «Yo no puedo procurarte las distracciones que necesitas, querida Marcela; búscalas tú misma, diviértete mucho y cúrate. Tengo absoluta confianza en tu lealtad y no dudo un momento en darte la libertad que te hace falta.»

Tanta libertad la contrariaba, pero se acordó de su amiga Lucila y fué á buscarla. Había tenido que esperar hasta poderla ver, y en aquel salón donde todo la asustaba y donde se hallaba recelosa había dudado si estaría en casa de su amiga.

Estos temores hicieron reír mucho á Lucila. Trataba de rehabilitar la moralidad de su casa, y de iniciar á Marcela en los detalles de su vida, cuando Jorge, creyendo que su mujer estaba sola, entró impetuosamente en la sala.

## XIV

Jorge era moreno, como su mujer, pálido como ella, la nariz era un poco gruesa, los labios rojos y los dientes resplandecientes de blancura, iguales también á los de Lucila. Pero en lo demás no se parecían en nada. Su esposa era bastante gruesa, ella misma lo había dicho; su marido, por el contrario, se distinguía por su delgadez. Era, en suma, si no un hombre hermoso, muy aceptable; tenía treinta años escasos, y era elegante sin afectación y de maneras irreprochables.

Lucila se apresuró á presentársele á su amiga; se dieron la mano, y merced á la gracia de aquélla y á la simpatía que inspiraba su marido, Marcela se consideró bien pronto di-

chosa, estando en compañía de aquella enamorada pareja.

Cuando Jorge se puso al corriente de la situación, aceptó la misión de distraer y de curar á la enferma de la calle Vanneau, con ayuda de su mujer por supuesto. Lucila volvió á reanudar la conversación donde la había dejado, y dirigiéndose á Jorge, le dijo:

—¿Podrás creer que Marcela ha estado á punto de marcharse, mientras estaba esperándome, para no volver jamás?

—¿Por qué, señora?—dijo Jorge sorprendido, volviéndose hacia la señora de Baud.

Lucila se encargó de contestar.

—Imagínate que la pobrecilla estaba asustada al ver el aspecto de la casa y sobre todo del mueblaje de esta sala. Encontraba puntos de semejanza con la descripción de la habitación de... ¿Cómo lo diría yo, para que no se ponga colorada?... ¡Bah! que se acostumbre al lenguaje de la época... de la habitación de una... *cocotte*. Ya me he atrevido á decir la palabra; pero la ha de oír en el teatro y en todas partes muchas veces.

Marcela, sin protestar contra la palabra, quiso defenderse de la acusación.

—No tienes necesidad de defenderte—replicó Lucila,—sí, comprendo tu situación, esos

temores tuyos dan prueba de tu inteligencia. Recorrió con la vista todos los muebles que la rodeaban, y añadió:

—Hay en este salón algo de lo que dices. Esos *bibelots*, esos cigarrillos, el motivo que adorna la chimenea, esos pechos al aire no son de recibo, lo reconozco, en una casa de la honrada clase media. Mi traje, del que no me has dicho nada, mis maneras, mi lenguaje, dan mucho que pensar. Es mi marido, querida mía, quien me ha hecho así; él me ha hecho vestir así, él ha amueblado la casa á su gusto. A los veinte años era yo tan inocente como tú. Recién salida del convento no conocía el mundo. Ese señor —y señaló á Jorge con la mirada— se presentó en traje de diplomático en casa de mis abuelos; parecía un santo... Luégo he mudado de opinión, puedes creerme... Me hizo la corte, pidió mi mano, y me he dejado, por fin, que me lleve al sacrificio... Entonces el monstruo ha echado á un lado su corbata blanca y su traje de etiqueta. Me cogió en sus brazos, y alzándome hasta sus labios, me dijo: «Ya lo sabes, angel mío, nada de ceremonias ya, nada de comidas de familia ni de reuniones. Odio todas esas cosas... No soy tu marido, soy tu amante, y espero serlo siempre... En vez de tener una de esas queridas que lla-

man la atención en París y fuera de él, y de que á la mitad de nuestra vida nos avergonzamos, que nos ponen en una situación falsa y nos consumen poco á poco, si no nos arruinan del todo, he creído lo mejor y más juicioso casarme con una joven soltera, hermosa, inteligente y bien educada. Pero no voy á cambiar por eso mi vida, ni á adocenarme con el matrimonio... No haremos más visitas que las precisas para que den fe de que existimos. El resto del tiempo lo dedicaremos en ir á comer con algunos amigos, que son muy buenos chicos. Recorreremos los teatros, sin faltar á ningún estreno. Viajaremos; acaso hasta te lleve á un baile en el teatro de la Opera para gozar con tu asombro. Si esta existencia no te conviene, dínelo, y te mando con tu familia. Algo tarde es; el procedimiento sería tachado de ligero; pero si yo te hubiese dicho estas cosas antes... que la epístola de San Pablo, te hubiera asustado. Y, por el contrario, si tienes el buen gusto de aprobar mis ideas, yo te adoraré toda mi vida y te haré pasar una existencia agradable y dichosa de que no has de quejarte.» Me quedé... qué quieres, querida amiga... después de esa epístola, como él la llama... que ni padre, ni madre, ni nadie hubiesen hecho carrera de mí.

Jorge, en pie, vuelta la espalda á la chimenea, con la cabeza inclinada, los codos apoyados en el mármol, sonreía sin decir una palabra, y Marcela prestaba gran atención á aquel lenguaje, tan nuevo para ella, que muchas veces la hacía ponerse colorada, cuando las imágenes de que se servía Lucila eran demasiado transparentes.

Esta continuó así:

—He tenido, pues, que seguir las malas costumbres, el lenguaje, las maneras, los vicios de este señor. Me ha separado de mi familia y de la sociedad á que yo iba, para arrojarme en ese mundo, puramente ideal, que se llama el mundo que se divierte. Como antes de conocerme no había vivido más que entre *cocottes*... y perdóname que diga por segunda vez esta palabra, y prepárate para oír otras muchas... me ha creado una vida de *cocotte*. Pero soy una *cocotte* legal. No me visito con ninguna mujer, apenas á dos ó tres de esas que no hacen ruido, y eso porque mi familia se lo ha pedido, son las únicas con que me ha dejado tratar. Aborrece, no á las mujeres, sino á los maridos que ellas tienen, y dice: «Te permito que recibas á tus amigas, eso no trae consecuencias malas; pero á sus señores y dueños ya es más grave; no quiero que mis

amigos íntimos tengan que relacionarse con esos señores desconocidos que turbarían su buen humor. Por eso ha sido grandísima mi alegría cuando me dijiste que habías dejado en tu casa al señor de Baud.

—¡Oh! señora, podéis creer...—dijo Jorge, dirigiéndose á Marcela.

Lucila se apresuró á interrumpirle:

—No le creas una palabra de lo que te va á decir, querida mía. Por política, parecerá que siente no ver á tu marido; si te hubiese acompañado, apenas la puerta se cerrase tras de ti, mi tirano me hubiese dicho con voz más suave: «Ya lo sabes, no quiero ver esa clase de gentes en mi casa.» Y cuando él dice una cosa, no hay más remedio que obedecerle. Y no parece que sea así, ¿no es cierto? Es un déspota atroz. Yo no recibo más que á ciertos hombres, como si no supiese ocupar mi lugar. Jorge, es verdad, debo hacerle esa justicia, los ha sabido escoger. Los hay entre ellos de todas clases: pintores, escritores, escultores, hasta hombres políticos. Sí, tenemos colegas del señor de Baud, no rechazamos á nadie. Recibimos también algunos sabios: no tengo necesidad de leer; oigo y estoy al corriente de la literatura, de las artes, de la ciencia. Eso es muy cómodo... alimento á esa tur-

ba una ó dos veces á la semana, y parecen tan contentos conmigo. No hay nadie de ellos que me haga el amor, á Dios gracias... ese señor que me arrulla algunas veces, me basta... pero todos ellos me quieren ó aparentan quererme. Y no es una gran cosa. Aliento sus vicios: vienen á comer á mi casa en traje de americana, se marchan á las nueve si tienen una cita, se ponen á fumar en cuanto llegamos á los postros. Lo único que les prohíbo es que jueguen. Por ese detalle y por algunos otros, mis reuniones no se parecen en nada á las de la aristocracia, donde tienen la mala costumbre de jugar al *bacarrat* y al *lansquenet*... Y basta ya, amiga mía, no quiero fastidiarte más; te he dicho lo bastante para ponerte al corriente de mis desgracias. Este salón ha sido amueblado al capricho de mi marido, en recuerdo, sin duda, de algún tocador *non sancto* donde habrá pasado su juventud. En él ha colocado todos esos caprichos con que se adornan los otros. Esa odalisca, que me hace poner colorada como á ti te ha pasado, proviene de su cuarto de soltero; entonces no hacía poner colorada á ninguna persona de las que le visitaban. Esta bata de casa, que tanto te ha chocado, me hace mi marido que la use. Una mujer, según él, debe ponerse lo mejor dentro

de su casa, porque su misión es agradar á su marido; en la calle, es inútil que sea agradable á los extraños. ¡Siempre con sus ideas de turco! Es un loco.

—Pero tú le quieres—dijo Marcela dirigiendo una tímida mirada á Jorge.

—No tal—contestó Lucila,—es él quien me adora á mí.

—Os adoráis los dos.

—Bueno, sea, nos adoramos los dos. Así habremos conjugado todo el verbo adorar. ¿Estás satisfecha?

Tendió á Jorge su mano blanca y muy cuidada, y él se contentó con besar la punta de sus dedos, para que no se pusiese Marcela colorada otra vez.

Esta se dejó convencer con facilidad de que debía pasar la tarde con aquel matrimonio, que estuvo tan amable con ella.

Dos días después volvió otra vez y la llevaron á ver un estreno. Después no dejaron de verse ningún día. Lucila y Jorge habían emprendido la curación de su amiga y la convidaban á todas las diversiones donde ellos iban.

Marcela pasaba el día en la calle de Vanneau, ocupada en cuidar su casa y su marido. Después de comer con su esposo y dejarle pre-



paradas las tisanas que tomaba, cogía un coche, y acompañada de algún criado antiguo, que se subía en el pescante, se dirigía al barrio de la Magdalena.

Al poco tiempo conocía ya todos los teatros y estaba al corriente de las obras del repertorio y de todas las nuevas.

Ocupaba un día con los esposos Saire un palco en el teatro de la Ópera Cómica, donde representaban *Le Pré aux Clercs*; eran las ocho y media cuando ya el público se impacientaba al ver que el telón no se levantaba, un empleado del teatro salió á anunciar que Capoul se había puesto malo repentinamente y no podía cantar. Un artista desconocido se ofreció á reemplazarle, pero la empresa lo advertía al público para que los que no se hallasen conformes con la sustitución, pudiesen recoger el importe de sus localidades, que les sería devuelto.

Una tercera parte lo menos de los espectadores se levantó de sus asientos y se salieron; Jorge, su esposa y sus amigos, después de un momento de vacilación, se decidieron á quedarse en su palco.

El telón se levantó: el que hacía el papel de Capoul apareció en escena... Marcela, al verle, ahogó un grito.

## XV

Un antiguo amigo del señor de Prades, el señor de Linois, consultado por Didier poco tiempo después de fallecer su padre, sobre la determinación que debería tomar en la situación en que se encontraba, le dió los consejos siguientes:

—Prades, cuando se retiró á Bretaña, cometió el error de llevaros con él interrumpiendo vuestros estudios. Más tarde no habéis vuelto á continuarlos, y no sois ni bachiller en letras, en una época en que los doctores en jurisprudencia y los bachilleres en ciencia, apenas si pueden adquirir una posición decente. De modo que vos, ó no podréis tenerla nunca, ó viviréis vegetando en algún empleo subalterno. Porque á falta de esos conocimientos serios y ese título oficial, no sacáis partido de las dotes que la naturaleza os ha concedido. Tenéis una buena voz, pues aprovecháos de ella. No solamente os podrá servir para subsistir, sino hasta para haceros rico.